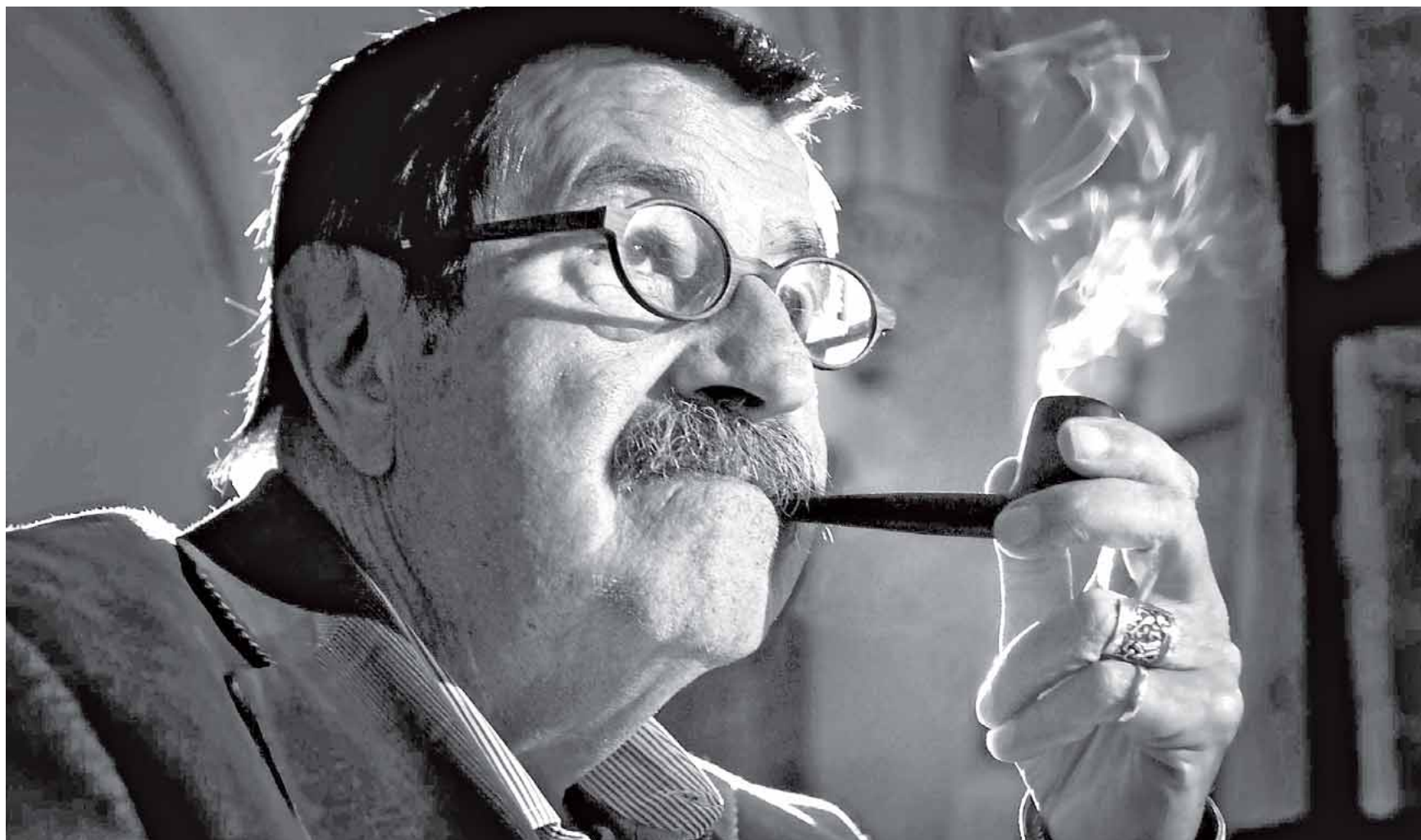


MUERE GÜNTER GRASS, EL

► Insobornable hasta el fin, el escritor y premio Nobel de Literatura alemán Günter Grass falleció ayer a los 87 años. Autor de obras memorables como «El tambor de hojalata» o «El rodaballo» y de libros

que levantaron enormes polémicas, se convirtió en uno de los grandes intelectuales comprometidos con su tiempo. Confeso socialdemócrata, mantuvo posturas combativas contra la unificación, la



REUTERS

La conciencia de un siglo alemán

LUIS MEANA

Aunque el acontecimiento se intuía, la muerte llegó silenciosa como casi siempre, y con ella ese 13 de abril, lunes, pasará a ser otro día histórico para Alemania y para la lengua alemana. En un hospital de la bella, industriosa y literaria ciudad de Lübeck, patria de Thomas Mann y ciudad inmortalizada en los Buddenbrook, ha muerto a los 87 años Günter Grass, escritor que le compuso a otra vieja e histórica ciudad alemana, Danzig, hoy polaca, su monumento literario. El azar de esa vida entre dos ciudades enmarca muy bien el gigantesco cambio alemán –y europeo– de los últimos cien años: el niño Grass de Danzig, nacido en 1927, soldado en la Segunda Guerra, vio caer a Hitler, conoció la democracia de Bonn, llegó a ver la Alemania unificada, reunificación a

la que se opuso apasionadamente, a Berlín convertida de nuevo en capital, y vino a morir a la mar en la que había nacido, ese Báltico que desemboca y se mezcla en las frías aguas del mar del Norte.

Ha muerto, se puede decir, el gran escritor del último siglo alemán. Lo que no significa del siglo XX, porque ese siglo tiene figuras enormes, como Musil, el citado Mann, el gélido Jünger o muchos otros. Pero sí ha muerto el gran escritor de ese otro siglo alemán, el democrático occidental, que va de 1945 hasta hoy. Lo que no es una valoración literaria, que necesitará más poso y más distancia, y tiempo habrá de aclarar dudas pendientes. Pero sí es una valoración de su relevancia: porque Grass ha sido el escritor más alemán y más universal de esa Alemania democratizada, ha escrito la obra más representativa de esa época –«El tambor de hojalata», en 1959– y, con muchos otros contemporáneos, entre ellos Enzensberger y Habermas, llevó a cabo

el impagable trabajo de «limpiar», «desescombrar» y «liberar» a Alemania de su monstruoso pasado haciendo una confesión de culpa, lo que hizo siempre desde una concepción socialdemócrata, creencia de la que no abjuró nunca. Eso es «El tambor de hojalata». Claro que, al final, el repiqueteo monótono de ese tambor y su hojalata le alcanzó también a él, y tuvo que confesar en su libro de memorias, «Pelando la cebolla» (2006), lo inconfesable: que los fantasmas y los demonios de la historia alemana estaban también metidos en su vida, ya que había sido miembro de unidades hitlerianas. Desdoro juvenil que dañó gravemente su autoridad moral, y que fue más grave por los cincuenta años de silencio «culpable» que por el hecho mismo que ocurrió a muchos otros.

Si es tan universal, ha sido porque ningún otro escritor contemporáneo fue tan «local». Su único tema y obsesión fue Alemania, con sus dramas y sus descarríos.

Su vida y su obra estuvieron condicionadas totalmente por esa patria alemana: a la que tanto fustigó, el misterio que más le inquietó, y a la que narró con un don literario de difícil comparación. Porque todo el que lo haya traducido o todo el que lo haya visto leer en alemán –un lector con un don único– sabe muy bien que aquella lengua tenía un latido tan vivo y una fuerza tan penetrante que hasta le sobraba la mano que la escribía.

La patria, la lengua

Como confesó el poeta austriaco H. von Hoffmannsthal, la patria del escritor es la lengua. A estos apátridas de Hitler no les quedó otra patria más que esa lengua. Y a esa patria, perdida pero reconstruida, a la lengua más bella de cuantas existan, al alemán, le levantó Grass un monumento duradero, y con ella vivió, con las «Palabras de Grimm» como se titula su última obra de 2010, en una permanente declaración de amor. Por

NOBEL INSOBORNABLE

gestión colectiva y el peso del pasado nazi. Todas hicieron correr ríos de tinta, algunas le metieron en problemas (Israel le declaró «persona non grata») y otras pusieron en evidencia cómo su pasado

compartía los demonios colectivos de su patria alemana: confesó en 2006 su pertenencia juvenil a las SS hitlerianas, un hecho cuya ocultación le valió las más acerbas críticas y minó su autoridad moral

ese amor, por haber «fabulado la renegrida cara olvidada de la historia», le dieron el Nobel de Literatura en 1999.

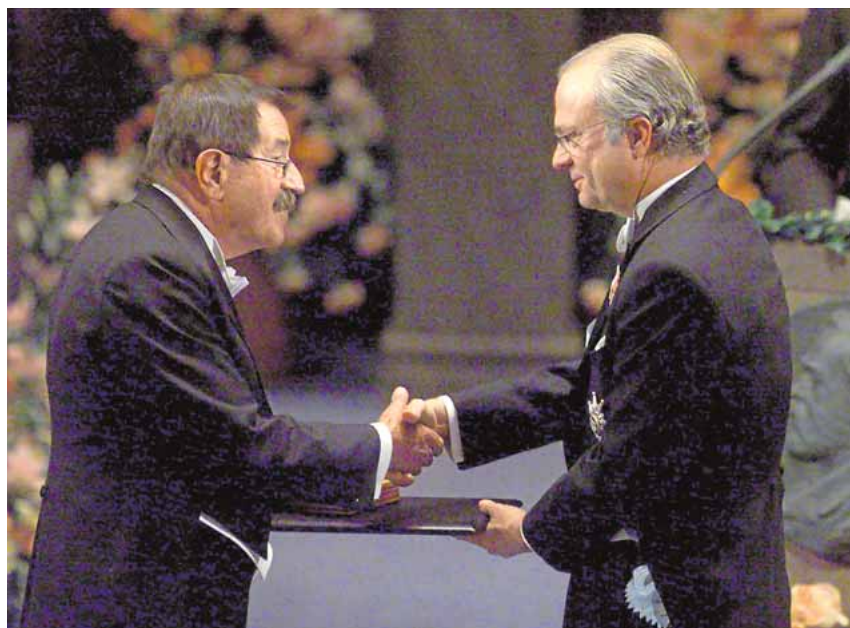
Esta es la esencia de Grass, y todo lo demás ruidos. Fue un escritor de mucha obra y extraordinariamente polifacético, novelista, ensayista, con muchos ensayos traducidos al español, dramaturgo y un importante poeta en alemán. Pasó del anonimato total a la fama mundial en un solo día y con casi su primera obra, desde un sótano húmedo de París a todos los periódicos del mundo gracias a «El tambor de hojalata», y esa fama le acompañó ya toda su vida, para bien y para mal. El recorrido estuvo lleno de diatribas, controversias y disputas políticas. Como los últimos poemas críticos contra Israel («Lo que hay que decir», 2012), y otras anteriores.

Después de Auschwitz

Algunas justificadas y otras injustificadas. Su carrera literaria cuenta además con el destacable azar de que el crítico más famoso de la literatura alemana del siglo XX, su contemporáneo Reich-Ranicki, publicase la crítica más descalificadora que se haya escrito nunca de un libro que iba a convertirse en la novela más famosa de su época, «El tambor de hojalata».

Toda esta historia vital refuta aquel «dictum», real o ficticio, tan famoso de Adorno de que no es posible escribir poesía después de Auschwitz, lo que venía a significar que no era ya posible escribir en alemán después de Hitler. A la patria podrida le quedaba un último brote, su lengua, su cultura. Como dicen aquellos versos conmovedores de otro poeta en alemán, Paul Celan, cuando pide permiso a su madre asesinada en Auschwitz para usar la rima alemana («¿Me permites, madre, como entonces, allí en nuestro hogar, / [utilizar] la suave, la dolida rima alemana?»), también Grass le pidió permiso al mundo para cantar en la rima alemana. Y se lo dimos. Y eso es lo que hizo, en toda su larga y apasionada vida, cantarnos en su dolida -y a veces tronante- rima alemana.

Por ella pasará a la posteridad, y no sabemos si a la inmortalidad. Espere-mos que, como quería su inédito poema, le entierren «con un saquito de nueces y unos dientes muy nuevos» para que, cuando suene ese inconfundible crujido, todos pensemos que «es él, él siempre todavía».



En 1999 recibió el Premio Nobel (en la imagen) y el Príncipe de Asturias ^{ABC}

Obras escogidas: la alargada sombra del nazismo

«El tambor de hojalata»

Publicado en 1959, cuenta la vida de Oscar Matzerath, un niño que vive durante la II Guerra Mundial, en una narración con tintes macabros e infantiles. A los 29 años, Oscar será internado en un sanatorio psiquiátrico.



«El rodaballo»

Es la historia del Hombre, desde la Prehistoria hasta el levantamiento de los obreros de los astilleros polacos de Gdansk, liderados por Lech Walesa. Narra todos esos miles de años repletos de conflictos, lucha de clases, hambrunas, revoluciones... y el eterno enfrentamiento entre el progreso y la superstición, la razón y la superchería.

«Años de perro»

De 1963, es un retrato impresionante de la Alemania contemporánea, en que nace, se desarrolla y desaparece la locura del nazismo.

«A paso de cangrejo»

Editada en 2002, en ella el Nobel alemán narra la historia del sufrimiento de los alemanes a lo largo de II Guerra Mundial, a partir del hundimiento por tres torpedos soviéticos de un barco alemán, el Wilhelm Gustloff, con más de 10.000 personas a bordo.

«Pelando la cebolla»

El título más polémico de Grass. En él reconoce que perteneció a las Waffen-

SS en su juventud. Le llovieron críticas tanto dentro de Alemania como en el extranjero. Entre otras cosas, se le acusó de haber callado el hecho hasta que obtuvo el Nobel.

«Payaso de agosto»

Tras estas críticas, se refugió en la poesía y escribió estos poemas melancólicos que son una crónica de sus duras experiencias.

Las cebollas eran de Madrid

ANÁLISIS

MIGUEL SÁENZ



Grass adoraba Madrid. De hecho sentía una conexión muy agradable con España. Aquí se encontraba bien, algo solo comparable con lo cómodo que decía hallarse en Polonia. Pocos saben que su libro más polémico, «Pelando la cebolla», que trajo tantas polémicas por la revelación de su pertenencia a las SS, lo terminó en Madrid. Alquiló un piso durante unos meses cerca de la Puerta del Sol y acudía diariamente al Café Central a tomarse un coñac.

De hecho, las cebollas que dibujó para la portada del libro son cebollas madrileñas, compradas en el mercado de San Miguel cuando aún residía en la ciudad.

No siempre había sido tan fácil para él comprendernos. Para una persona que se tomaba tan en serio la conciencia social del escritor resultó a veces confuso comprobar la ironía de algunos de nuestros más concienciados autores.

En todo caso, la muerte no perdona. Es casi un título de novela negra. Que no se me tenga en cuenta, porque estoy traumatizado. Günter Grass llevaba tanto tiempo enfermo que era imposible creer que no era inmortal. Por eso la noticia de su fallecimiento ha sido, sencillamente, un mazazo.

La tentación de hacer frases huecas es ahora muy fuerte: «Ha muerto el último Grande de la literatura alemana», «El premio Nobel más justo», «El único intelectual realmente comprometido»... Bla, bla, bla. La verdad es que, cuando recuerdo a Grass, no lo veo escribiendo de pie ante su legendaria Olivetti (bajo dos grabados de Goya), ni con las manos hundidas en la arcilla, dando vida a una escultura insólita, ni dibujando minuciosamente una cabeza de pescado... Lo veo limpiando setas, con alegría anticipada por la deliciosa comida que nos estaba cocinando.

Adiós, Grass. Como dirían los norteamericanos, fue un privilegio conocerte.

MIGUEL SÁENZ ES TRADUCTOR DE GRASS